

EDGAR MORIN EN SUS VIVENCIAS

LA UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA -CON LA COLABORACIÓN DE LA UNESCO, LA EMBAJADA FRANCESA, LA UNIVERSIDAD DE LA SALLE Y COLCIENCIAS, REALIZA LOS DÍAS 26, 27 Y 28 DE ESTE MES DE FEBRERO EL PRIMER ENCUENTRO INTERNACIONAL TRANSDISCIPLINARIO DE PENSAMIENTO COMPLEJO EN COLOMBIA, CON LA PARTICIPACIÓN DE EDGAR MORIN, RECONOCIDO EN EL MUNDO COMO UNO DE LOS INTELLECTUALES FRANCESES MÁS REPRESENTATIVOS DE FINALES DEL SIGLO. EL PROFESOR MORIN NACIÓ EL 8 DE JULIO DE 1921 EN PARÍS. HA SIDO PERIODISTA, INVESTIGADOR Y ENSAYISTA. ES LICENCIADO EN HISTORIA, GEOGRAFÍA Y DERECHO Y DOCTOR HONORIS CAUSA DE LAS UNIVERSIDADES DE PERUGIA, PALERMO, GINEBRA Y BRUSELAS. AUTOR DE NUMEROSAS OBRAS EN LOS CAMPOS DEL MÉTODO, LA ANTROPOSOCIOLOGÍA Y LA POLÍTICA. SE CONFRONTARÁN EN EL ENCUENTRO INTERNACIONAL LAS CLAVES DE RAZÓN TEÓRICA Y ANTE TODO PRÁCTICA QUE APORTA LA OBRA DEL PROFESOR MORIN AL DEVENIR DE LOS NUEVOS CRITERIOS EDUCATIVOS, EMPRESARIALES Y POLÍTICOS, NECESARIOS PARA LA COMPRENSIÓN Y PARA LA INTEGRACIÓN DEL TIPO INÉDITO DE CIVILIZACIÓN PLANETARIA, QUE ESTÁ FRAGUANDO LA MUNDIALIZACIÓN DE MODELOS ECONÓMICOS, TECNOLÓGICOS E INFORMÁTICOS, Y PARA PODER RESPONDER POR CONCEPTOS DE DESARROLLO ADAPTADOS A CADA LOCALIDAD, COMUNIDAD O SOCIEDAD, SEGÚN LA COMPLEJIDAD DE SITUACIONES EN EVOLUCIÓN CONTEXTUAL, INTERACTIVA, ANTAGONISTA Y GENERATIVA, COMO SUCEDER CON LAS CRISIS Y CON LOS FOCOS DE VIOLENCIA. EL AUTOR DEL PRESENTE ENSAYO, NELSON VALLEJO GÓMEZ, ES LICENCIADO, MASTER Y DIPLOMADO EN FILOSOFÍA DE LA UNIVERSIDAD DE LA SORBONA, EN PARÍS.

"Cultivarse es una aventura peligrosa".

Edgar Morin

Por Nelson Vallejo Gómez

¿Quién es Edgar Morin? Para responder de entrada a la pregunta por el hombre, evocaremos la entrevista que Morin nos concedió, en su apartamento parisino de la calle San Claudio, el pasado verano. Nos inspiraremos también en la lectura de la parte de su obra que Morin llama vivencias, pues en Morin, como en todo pensador, el sujeto no se reduce a la obra ni la obra al sujeto: "No escribo desde una torre que me sustrae a la vida, nos dice, sino en la depresión de un remolino que implica mi vida en la vida". Para el tema vivencias, consultaremos, entre otros libros: *Autocrítica* (Seuil, París, 1959), *En el corazón del tema* (Seuil, París, 1969), *Vidal y los suyos* (Seuil, París, 1989), *Mis Demonios* (Stock, París, 1994), *Llorar, amar, reír, comprender, diario de 1955*, Arléa, 1996).

El aprendizaje de la irremediable pérdida:

Edgar Morin nació en París en 1921. Su padre, naturalizado francés, había nacido en 1894, en Salónica, tierra griega bajo dominación otomana, en el seno de una familia sefardita con "protección consular" italiana. Sus abuelas hablaban a la mesa el castellano sefardí del siglo XV. Su padre no le transmite una cultura definida ni una verdad revelada. De él guardará el gusto por las canciones populares y un vivo sentido de la solidaridad y de la familia. La ausencia de cultura ritualizada, o sea el vacío de cultura "ha sido la base para cultivarme", nos dice Morin; por eso, escribe: "no he dejado de ser estudiante porque he sido investigador en el sentido pleno y existencial de la palabra. He sido y sigo siendo un estudiante que escoge sus educadores y liba su propia miel, utilizando tanto la cultura universitaria, como también los autores marginados o ignorados por la cultura" (*Mis Demonios*, p. 52).

En toda la obra de Morin cruza una reflexión recurrente sobre qué es cultura. Morin muestra que en realidad este concepto es polisémico, es un macroconcepto abierto, irreductible a su propio contenido. Pero ante todo la lección moriniana indica que la cultura requiere un sujeto que la conciba y observe, la revista y revise. Es decir, el meollo de la cultura está en *cultivarse*; pues no basta con acumular ni datos, ni con procesarlos, computarizarlos y archivarlos -así esto sea necesario-, sino que tenemos que experimentar la recursividad y la creatividad -la espiritualidad- en el surgimiento de lo que tiene sentido, siguiendo una religación intencional y azarosa, dentro de un contexto dado o una complejidad contextual. Así resulta que la experiencia cultural nunca es lógica ni científica, ni está sometida al principio popperiano de falsabilidad. La experiencia cultural es vivencial o no es. Cultivarse requiere, pues, reflexividad, es decir, presupone también esta paradoja propia de toda empresa reflexiva: el sujeto que se cultiva debe convertirse al mismo tiempo en objeto cultural. El tema de la cultura puede discutirse a partir de la teoría propuesta por Morin, en *Sociologie*, Seuil, París, p. 153.

En *Vidal y los suyos*, Morin describe la compleja genealogía de sus antepasados conversos; muestra cómo su condición de "marrano", su identidad revuelta, el aprendizaje de la disimulación, lo han llevado a situarse siempre, con respecto a razas y religiones, naciones y opiniones en un

punto de vista planetario, amén de sentir una indignación tenaz frente a cualquier forma de humillación, desprecio y exclusión; como también a preferir por convicción ética, frente a la ineluctable crueldad de la naturaleza humana, estar entre las víctimas y no ser un verdugo. Pues sólo así permanece en vilo la conciencia, que necesita la resistencia contra la insistencia por doquier del horror, la violencia y la barbarie. "Hasta diría, escribe Morin (*Mis Demonios*, p. 184), que el pensamiento complejo es, para mí, el estado supremo del marranismo". Esto significa que cada uno debe encontrar en sí mismo -imperativo de moral provisional- el enjambre personal en donde se integren los puntos cardinales y antagónicos, diferentes y complementarios, que generan pensamientos e influyen juicios. Así pues, el pensamiento complejo tiene también una dimensión de eticidad fundamental, nos enseña Morin. Reconocerla, asumirla y aplicarla no sólo significa pensar-por-sí mismo, sino manifestar una dimensión reflexiva y responsable; dimensión que por supuesto se encuentra, mientras hay vida, en constante interacción con la naturaleza, con la sociedad, con la cultura y la información, con el vecino y la política; en suma, tal dimensión es uno de los fundamentos invisibles de nuestra práctica intersubjetiva.

Hijo único de una madre adorada, Edgar Morin vivió a los diez años la terrible experiencia de la orfandad. "Un Hiroshima interior me invadió", escribe sesenta años más tarde, en *Mis Demonios*, p. 16. "Durante meses, durante años esperé, a sabiendas que el regreso de mi madre era imposible", anota con desgarró en *Autocrítica*, p. 16. De la esperanza de lo imposible nacerán dos sentimientos, tanto más fuertes como contradictorios, "que han irrigado toda mi manera de pensar", nos dice Morin: el primero es una especie de escepticismo, no como postura intelectual de quien duda de que la razón sepa de veras algo y se mantiene airoso e irresoluto, sino como propensión psicológica contra dogmatismos doctrinales y hechizos racionadores. La insostenible ligereza de la incertidumbre se había convertido en una defensa natural contra cualquier determinación. Morin aprenderá luego, estudiando la física cuántica, que la indeterminación emerge en el seno mismo de la naturaleza y, por lo tanto, es uno de los datos que integran el pensamiento en su oficio cognitivo.

Del terrible duelo materno surgió un segundo sentimiento: la absoluta necesidad de redención o la esperanza pura. Si de veras ser niño es no conocer la muerte, poseyendo así por un momento efímero, gracias a tan dulce e ingenua negativa, una dicha beatífica, la conciencia de Thanatos arrancará a Morin su dicha tempranera, su matriz afectiva; lo volcará al universo infinito sin fundamento; lo tirará a la vida, como una explosión cósmica lanza al perenne azar una promesa de mundo. En efecto, hacer mundo es un quehacer de trabajos y días; es un trabajo de duelo, de cavadura y alcorque hasta que albore la vida; pues si sólo supiéramos cuántos albores por venir resguarda la desesperanza, no habría tiempo ni lugar para la desesperación y el desánimo.

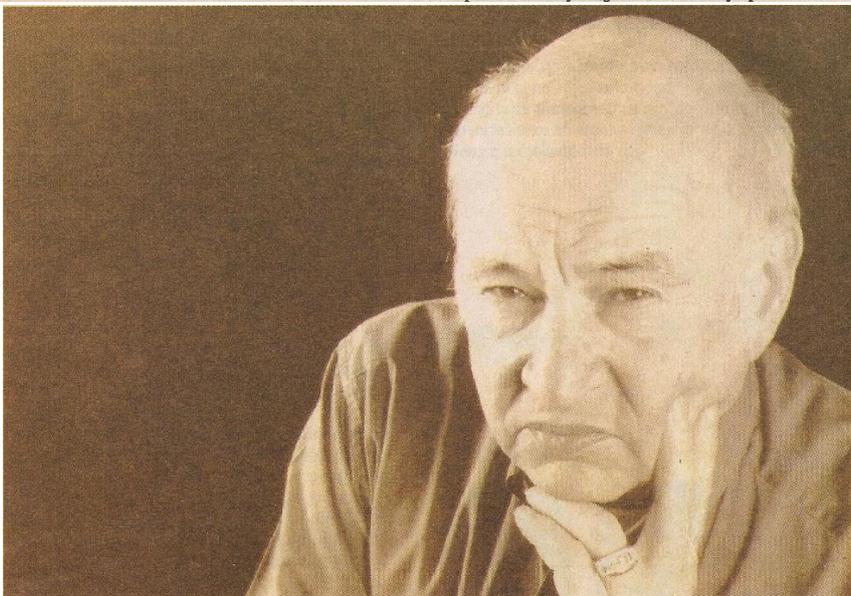
Morin nos dice que esos dos sentimientos contrarios, esperanza y desesperanza, representan uno de los temas fundamentales que animan su propia dialógica.

Desde los diez años, desde aquella irremediable pérdida, la vida y el pensamiento de Morin han sido, nos dice, un combate titanesco entre la desesperanza y la esperanza; entre lo que nos comina a la dispersión espiritual o a la desidia mental, a la cosificación o a la indiferencia humana, y la esperanza creadora de mundos, de belleza, de fraternidad, entre un paradigma de disyunción y un pensamiento de religación.

De la guerra a "una temporada en el estalinismo":

Morin buscó en la literatura (Rolland, France, Du Gard, Malraux, Tolstoi, Dostoievski, este último ha sido el más revelador, el más presente, el más íntimo, dice Morin), en el cine, en la cultura popular de la calle Ménilmontant durante su adolescencia parisina; en los focos izquierdistas y anarquistas de los años treinta, buscó con qué organizar un mundo, una matriz afectiva e intelectual, en fin, algo con qué ir hilándole a su existencia en crisis de proyecto un mañana sin futuro definido. "Tenía veinte años, dice Morin, veinte años en 1941. Me encontraba en el corazón de la tragedia, ahí donde vacila el destino". Fue aquí un tiempo, nos dice, en que la desesperanza tomó forma en una necesidad interior de "dar su vida a la gran causa, creer en la trascendencia y entregar su vida a la lucha de toda la humanidad". La Segunda Guerra cambiará por completo la vida de Edgar Morin; en ella encontrará su destino de intelectual/actor enfrentado al drama antropológico de una racionalidad doctrinaria y de su corolario epistemológico, el cientismo alienador. De ella aprenderá la fuerza y la fragilidad del oficio intelectual: el deber de conciencia y de palabra.

En 1940 la desbandada del ejército francés es total, inesperada y asombrosa. El país es invadido por los nazis y los fascistas. La Constitución de la Tercera República Francesa se derrumba. El Gobierno dimite, se disuelve la Asamblea





después, en su obra mayor *El Método*, Morin verá en esa conciencia de todo en tanto todo uno de los principios fundamentales del **Pensamiento complejo**, el llamado *Principio hologramático*, que reza: *no sólo la parte está en el todo, sino que también el todo en tanto todo está al interior de la parte*. Resuena aquí un fascinante **Pensamiento** de Pascal, que es uno de los faros de Morin: *"(...) yo tengo por imposible conocer las partes sin conocer el todo, así como conocer el todo sin conocer particularmente las partes"* (en *Pensée 84*, edición Chevalier).

Durante la Segunda Guerra, la Resistencia francesa se organiza en diferentes corrientes clandestinas, federadas por dos fuerzas mayores: la del General Charles de Gaulle y la del Partido Comunista. En el furor de la Guerra se desarrolla asombrosamente el maniqueísmo, se polarizan las posiciones y cualquier decisión implica la alternativa vital "amigo/enemigo". El comunismo soviético representaba en aquella época las ideas de "revolución", "liberación", "justicia social". Los intelectuales comunistas franceses las integraban como una transferencia sublimada del ideal revolucionario de 1789. En el terreno concreto de la Guerra, después de las gloriosas batallas de Moscú y de Estalingrado (Hitler ataca a la Unión Soviética, violando el tratado de "no agresión", firmado con Stalin, y que tenía por finalidad repartirse a Polonia entre los dos), el comunismo soviético logra la extraordinaria metamorfosis ideológica de presentarse como el estandarte moral de la resistencia, no sólo contra el nazismo, sino contra toda forma de opresión, de humillación y de explotación del hombre por el hombre.

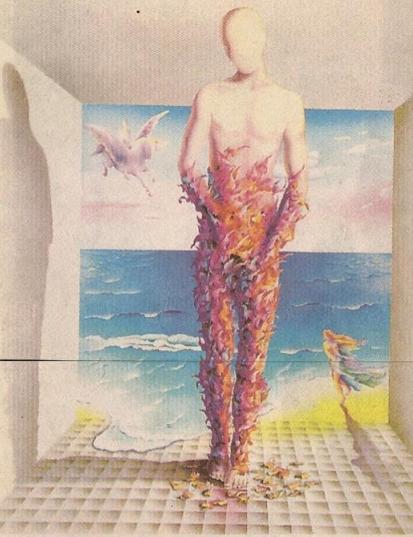
De las diferentes corrientes clandestinas de la Resistencia, Morin integra la federada por el Partido Comunista. Hay en este acto razones y pasiones. Morin explicará años más tarde que esa adhesión "significaba más que una decisión política o ética, era una reconciliación consigo mismo y con el mundo" (*Autocrítica*, p. 53). Pero en términos concretos, dicha adhesión es el resultado de una reacción de un combate contra la Guerra. "Yo fui comunista de guerra; sin la guerra, nunca hubiese adherido al comunismo. Es esto lo que hay que saber y lo que hay que decir", nos afirma Morin.

Al terminar la Guerra, el maniqueísmo vital "amigo/enemigo" se debilita en maniqueísmo político o "guerra fría". Morin constata que el comunismo, alienado por el aparato del Partido, y éste por el estalinismo, se mueve de "teoría abierta" sobre la justicia social, hacia una ideología o "doctrina cerrada" en pos del poder, bajo el mito de "revolución universal". Morin no sólo desenmascara entonces la pretensión prometeica del comunismo, sino que mostrará cómo la facultad de fabulación o de mistificación es uno de los elementos fundamentales del entendimiento humano. El pensamiento es capaz de "echar mano, escribe Morin, de arides mentales para neutralizar la desintegración en cadena que acecha naturalmente todo sistema doctrinario y racionalizador" (*Autocrítica*, p.118). El desmantelamiento de dichos arides es el oficio noble del intelectual. Su deber inalienable de toma de conciencia y de denuncia de los mismos llevará a Morin a convertirse, casi de entrada, en "persona no grata" para el Partido. Su expulsión se oficializa en 1951.

Con todo, lo más importante para la futura obra de Morin y para la ejemplificación del pensamiento complejo, es el descubrimiento antropológico y epistemológico, que resulta de la toma de conciencia del hecho ideológico, vivido durante la "temporada en el estalinismo", según el cual: el enajenamiento ideológico, como el hecho mistificador hacen parte de organizaciones mentales de la inteligencia humana, y no son producciones o resultados de instancias de poder territorializadas. Si bien Morin es consciente de la llamada "crisis de racionalidad", tan nombrada por la fenomenología y por el postmodernismo, no está de acuerdo en considerar que "el fracaso de una cultura racional no se halla en la esencia del mismo racionalismo, sino únicamente en su enajenamiento" (Husserl, *La filosofía en la crisis*

de la humanidad europea, Nova, Buenos Aires, 1969, p.171). Para Morin, el enajenamiento hace parte del racionalismo como tal, bajo la forma lógica de paradigmas de simplificación. En efecto, los procedimientos de la simplificación forman parte del pensamiento complejo, tanto como éste segrega los antídotos contra la simplificación. Lo que importa, nos dice Morin, "es saber, permanentemente, acordarse de que simplificamos más por razones prácticas, heurísticas, no para extraer la quintaesencia de la realidad". En otras palabras; acordarse de por qué pensamos, tomar conciencia de cómo y para qué pensamos es ser sujeto constituyente y no sólo objeto constituido del pensamiento.

Morin experimentará en carne propia dicho descubrimiento. Por consiguiente importa destacar, en la vivencia moriniana del comunismo y en su "temporada en el estalinismo", la individual y progresiva toma de conciencia, de lo que supone la pertenencia espiritual-ideológica a cual-



quier sistema doctrinario. Esta toma de conciencia es ya un acto de rebeldía, es una *autocrítica*, una *auto-ética*, una *higiene mental*. Morin nos dice que gracias a *Autocrítica* pudo entender el fanatismo y la ideología, amén de tomar conciencia de que nunca jamás podría revivir un fanatismo y adherir a una ideología.

La lección moriniana de ética del pensamiento, que deja "una temporada en el estalinismo", es nunca olvidar que en el conocimiento somos sujeto y objeto, y que por lo tanto, cuando una doctrina nos aliena y atonta por exceso de objetivización, también podemos reflexionar, retomar conciencia de que somos ante todo sujetos pensantes, es decir, un ser capaz de caer por sí mismo en cuenta de "los amores engañosos" (Rimbaud, *Una temporada en el infierno*), un ser capaz de reírse de sus propios hechizos ideológicos.

De la inter-disciplinariedad a la transdisciplinariedad: Morin hará una "carrera oficial" (1951-1989) como sociólogo del *Centro Nacional para la Investigación Científica (CNRS)*. Pero los trabajos realizados bajo el manto de la institución crearán un horizonte inédito de reflexión, capaz de atravesar, como un arco iris, por cualquier disciplina o espacio de "saber reservado". En su primer trabajo de antropología fundamental, *El hombre y la muerte* (Seuil, 1951), Morin analiza cómo la idea de la muerte es objeto de estudio en diferentes disciplinas, que van de la biología a la mitología, y sobre todo, se enfrenta con el bloqueo institu-

ción, se transfieren plenos poderes en las manos de un viejo de 84 años (héroe absoluto de la Primera Guerra), el Mariscal Petain, quien concluye un armisticio con Hitler. "Es con el corazón en la mano que os digo: ¡cesad el combate!", dirá Petain por radio, el 17 de junio. Charles de Gaulle se refugia en Inglaterra al día siguiente y lanza su famoso llamado a la resistencia y al combate por la liberación de Francia. El país se divide entre los que colaboran con los nazis y los que resisten a éstos y a aquellos.

Morin se refugia en Tolosa, ciudad del suroeste francés, en zona "libre". Entra en contacto con la Resistencia y con las corrientes comunistas clandestinas. Impulsado por su dialógica esperanza/desesperanza, Morin empieza a "cultivarse" -forma de resistencia intelectual a cualquier opresión-, en busca de criterios para comprender y, de seguido, neutralizar la desintegración antro-po-socio-política que conlleva la Guerra. Estudia Historia y Sociología, bajo el marco teórico del marxismo. En el furor, la barbarie y el maniqueísmo de entonces, y frente a la crisis de proyecto socio-político, el marxismo-comunismo aparece, por razones y azares de una extraordinaria complejidad, como "la salvación", amén de aportar un modelo lógico-identitario de inteligibilidad de la condición humana y cierto proyecto de "comprensión global de su destino". Sin embargo, esta doctrina representaba para el joven Morin, no el paradigma cerrado que reduce la Historia de la humanidad a un simple resultado de las funciones: "lucha de clases/fuerzas de producción", sino la utópica ciencia multidimensional del "saber total" capaz de articular Cientismo y Humanismo. Morin nos dice que al terminarse la Guerra, la idea de totalidad, de "saber total", que tanto lo hechizó, perdió su "carácter triunfal"; *"(...) comprendí, escribe, que nadie podía pretender detener la verdad del todo"* ('poseer la verdad en un alma y un cuerpo', Rimbaud), *pero guardé la idea de que en todo saber parcial, hay que conservar la conciencia de todo en tanto todo** (Mis Demonios, p. 74). Cuarenta años

de la llamada "inter-disciplinariedad"; es decir, Morin constata cómo cada disciplina busca erigirse en espacio territorializado de saber y de poder, queriendo hacer de su objeto de estudio una marca depositada. Por ejemplo, en una concepción interdisciplinaria sobre la cuestión de la muerte, la biología cree poseer "más verdad" que la mitología o la religión. La inter-disciplinariedad pone de presente los conflictos de identidad, de interés y de poder institucional entre saberes. La interdisciplinariedad muestra cómo los campos del conocimiento están trazados con paradigmas de púas conceptuales.

Morin denuncia la interdisciplinariedad sin buscar por ello erigir una instancia de saber para destruirla, por el contrario, su obra se servirá de la lógica disyuntiva, reduccionista y simplificadora, que utiliza la concepción interdisciplinaria del conocimiento, para ejemplificar la necesidad de otro tipo de concepción del saber, es decir, para defender una concepción transdisciplinaria del conocimiento. La idea central de una cultura transdisciplinaria está en introducir la reflexividad, la conciencia en las ciencias; es constatar que en el conocimiento de cada saber institucionalizado por una disciplina con sus conceptos propios existe un paradigma de complejidad, cuya toma de conciencia pone de presente el carácter organizacional, interactivo, generativo y degenerativo de dicho saber. "Nuestro pensamiento no es abstracción, escribe Morin, es ante todo vitalidad; siendo algo vivo está sometido a degeneración y corrupción" (Mis Demonios, p. 293).

A partir de entonces, toda la reflexión epistemológica de la obra moriniana tendrá por principal motivo la ejemplificación de un modo de pensar transdisciplinario. Los saberes pueden estar, pues, territorializados, estructurados y defendidos por disciplinas institucionalizadas; pueden existir entre ellos frías o cordiales relaciones de interdisciplinariedad; pero toda toma de conciencia de un saber definido, nos enseña Morin, pondrá de presente su condición de unicidad en un juego organizacional de multiplicidad, su inevitable relación al sujeto que lo piensa y a formas culturales de comprensión, aplicación técnica y/o transmisión educativa. En fin, el saber sólo de una disciplina definida (el saber médico, físico, matemático, filosófico, sociológico, biológico, psicológico, etc.), ino existe! Lo que existe en realidad es un pensamiento complejo de interacciones conceptuales y saberes en movimiento organizacional, dentro de algo que nombramos conocimiento, algo que no sólo está ligado a la conciencia humana, sino a la cosmogénesis del universo.

¿Pero cuál es, pues, la estructura del conocimiento? ¿Cómo actúa el pensamiento? Estas preguntas y sus respectivos corolarios animarán, a partir de los años sesenta la obra moriniana. Una estancia en el Instituto Salk de San Diego (USA), como profesor invitado en 1969, permitirá a Morin estudiar tres teorías fundamentales sobre los modos del conocimiento humano: la cibernética, la teoría de sistemas y la informática. Al regresar a París, Morin funda el *Centro Royaumont para el estudio de una ciencia del hombre*.

A partir de entonces, a los cincuenta años, Morin reformula todos sus paradigmas de conocimiento, escribiendo de seguido una obra epistemológica y teórica *enorme*. Esta corre bajo el nombre de *El Método* y traza los modos en que emerge, se actualiza y/o ejemplifica el *Pensamiento complejo*. La obra de Morin propone, pues, una estrategia conceptual inédita para la toma de conciencia que requiere la emergencia significativa del paradigma de complejidad, el cual gobierna hoy nuestro espacio mental. Se trata, en suma, de una *propuesta estratégica y no de otra opción programática*, para comprender e integrar los nuevos modos de conocimiento que organiza nuestra era de mundialización y de conciencia planetaria.

*N. Vallejo G. es Licenciado, Magister y Diplomado de tercer ciclo (DEA) en filosofía por la Sorbonne Paris-IV.

